LIBRO DÉCIMO

I

Gringoire tiene muchas buenas ideas seguidas en la calle de los Bernardinos

Desde que Pedro Gringoire había visto el giro que iba tomando aquel negocio, y que decididamente habría cuerda, horca y otros percances para los personajes principales de aquella comedia, guardóse muy bien de meter en ella su cucharada. Los hampones entre los cuales se había quedado, considerando que en último resultado eran la mejor gente de París, los hampones habían continuado interesándose por la gitana, cosa que le pareció muy natural en personas que no tenían, como ella, más perspectiva que Charmolue y Torterue, y que no cabalgaban como él en las regiones imaginarias entre las dos alas de Pegaso. Supo por ellos que su esposa del cántaro roto se había refugiado en Nuestra Señora, de lo que se alegró sobremanera; pero no le dieron tentaciones de ir á verla; acordábase á veces de la cabra y punto concluído. Por lo demás hacía durante el día habilidades hercúleas

para vivir, y trabajaba de noche en un folleto contra el obispo de París, porque se acordaba de haber sido inundado por las ruedas de sus molinos, y le guardaba rencor. Ocupábase también en comentar la grande obra de Baudry-le-Rouge, obispo de Noyón y de Tournay, *de Cupá Petrarum*, lo que le había inspirado una violenta afición á la arquitectura; afición que había reemplazado en su pecho á su pasión por el hermetismo, de la cual no era en resumidas cuentas más que un corolario natural, pues existe una relación íntima entre la hermética y el arte de construir. Gringoire había pasado del amor de una idea al amor de la forma de esta idea.

Habíase parado un día junto á San Germán-l'Auxerrois en el ángulo de una casa que se llamaba el *Castillo del Obispo*, el cual hacía frente á otro llamado el *Castillo del Rey:* había en este castillo del Obispo una bellísima capilla del siglo XIV, cuya ábside daba sobre la calle. Examinaba Gringoire devotamente sus esculturas exteriores; hallábase en uno de aquellos momentos de fruición egoísta, exclusiva, suprema, en que el artista no ve en el mundo más que el arte, y ve el mundo en el arte, cuando sintió de pronto una mano que se posaba gravemente sobre su hombro. Volvió la cara y vió á su antiguo amigo, á su antiguo maestro, al señor arcediano.

Quedóse estupefacto. Mucho tiempo hacía que no había visto al arcediano, y don Claudio era uno de aquellos hombres solemnes y apasionados, cuyo encuentro desbarata siempre el equilibrio de un filósofo excéptico.

El arcediano guardó por algunos instantes un silencio durante el cual tuvo tiempo Gringoire para examinarle muy á su sabor. Sobradamente mudado encontró á don Claudio, pálido como una mañana de invierno, los ojos hundidos, los cabellos casi blancos.

El sacerdote, en fin, rompió aquel silencio, diciendo con tono sereno, pero glacial:—Cómo va de salud, maese Pedro?

—Mi salud?—respondió Gringoire.—Eh! eh! nada más que así, así; pero el conjunto no es del todo malo. De nada me atraco; bien lo sabéis, señor maestro; el secreto de disfrutar de buena salud, según Hipócrates. *id est: cibi potus, somni, venus, omnia moderata sint.*

—Con que no tenéis ningún cuidado, maese Pedro? —repuso el arcediano mirando de hito en hito á Gringoire.

—A fe mía que no!

—Y qué hacéis ahora?

—Viéndolo estáis, señor maestro; examino el corte de estas piedras, y el modo como está ejecutado este bajo relieve.

Empezó el sacerdote á sonreir, con aquella sonrisa amarga que no levanta más que una de las extremidades de la boca.—Y eso os divierte?

—Esto es el paraíso!—exclamó Gringire. E inclinándose sobre las esculturas con la profunda satisfacción de un demostrador de fenómenos vivos.—No halláis, verbi gracia, esta metamorfosis de relieve ejecutada con singular destreza, paciencia y primor? Mirad esta columnilla. En torno de qué capitel habéis visto hojas más tiernas y mejor acariciadas por el cincel? Aquí tenéis tres figuras esculpidas por Juan Maillevin, que no son por cierto las mejores de aquel genio extraordinario; sin embargo, la sencillez, la dulzura de los rostros, la elegancia de las actitudes y de los pliegues, y esa gracia inexplicable que se mezcla á todos sus defectos, hacen á esas figuras muy bellas por cierto, muy delicadas, acaso demasiado.—No os parece esta contemplación cosa muy divertida?

—Seguramente!—dijo el sacerdote.

—Pues si vierais el interior de la capilla!—repuso

el poeta en su lenguaraz entusiasmo.—No se ve más que esculturas por todas partes; todo en él es pomposo como el cogollo de una col! La ábside es de una forma en extremo devota y tan particular que en ninguna parte he visto cosa igual.

Don Claudio le interrumpió:—Luego sois feliz?

Gringoire respondió con entusiasmo:

—Por mi vida que sí! Primero amé mujeres, luego animales; ahora amo piedras que son tan entretenidas como las mujeres y los animales, y mucho menos pérfidas.

Pasóse el sacerdote la mano por la frente, lo que era en él un movimiento habitual.—De veras?

—Mirad!—dijo Gringoire;—cada cual goza á su modo! Cogió entonces del brazo al sacerdote que se dejaba llevar sin resistencia, é hízole entrar bajo el torreón de la escalera del castillo del Obispo.—Ved aquí una escalera! cada vez que la veo, soy feliz; es en su especie la combinación más sencilla y más rara que hay en París; todos los peldaños van por abajo en diminución. Su belleza y su sencillez consisten en las mesetas de unos y otros, que vienen á ser como de un pie, y que están entrelazadas, enclavadas, encajadas, encadenadas, prendidas, entretalladas una en otra, y se entretejen de un modo verdaderamente sólido y primoroso.

—Y no deseáis nada?

—No.

—Y no os arrepentís de nada?

—Ni arrepentimiento ni deseo. He arreglado mi vida.

—Lo que los hombres arreglan,—dijo Claudio,—las cosas lo desarreglan.

—Soy filósofo pirroniano,—respondió Gringoire,— y todo lo tengo en equilibrio.

—Y cómo ganáis vuestra vida?

—Aun suelo hacer de vez en cuando epopeyas y tragedias; pero lo que más me produce, es la industria de que ya tenéis noticia, señor maestro; la de llevar pirámides de sillas entre los dientes.

—Grosero oficio para un filósofo.

—Pero es cosa de equilibrio,—dijo Gringoire;—el que tiene una idea fija, en todo la encuentra.

—Lo sé,—respondió el arcediano.

Después de un breve silencio, prosiguió el sacerdote;—Estáis no obstante algo miserable.

—Miserable, sí; desgraciado, no.

Dejóse oir en aquel momento un ruido de caballos y vieron nuestros dos interlocutores desfilar en la extremidad de la calle una compañía de arqueros del rey, armados de largas lanzas y su capitán al frente. Brillante era la cabalgada, y resonaba sobre las piedras.

—Cómo miráis á ese capitán!—dijo Gringoire al arcediano.

—Creo conocerle.

—Cómo le llamáis?

—Creo,—dijo Claudio,—que se llama el capitán Febo de Chateaupers.

—Febo! nombre histórico! otro Febo hay, conde de Foix. Acuérdome de haber conocido una prójima que no juraba más que por Febo.

—Venid conmigo,—dijo el sacerdote,—tengo que hablaros.

Desde que pasó aquella tropa, traslucíase alguna agitación bajo el glacial exterior del arcediano. Echó éste á andar y Gringoire le seguía, acostumbrado á obedecerle como todos los que una vez habían tratado á aquel hombre dotado de un prestigio singular. De este modo llegaron á la calle de los Bernardinos que estaba bastante desierta; allí se paró don Claudio.

—Qué tenéis que decirme, señor maestro?—le preguntó Gringoire.

—No os parece,—respondió el arcediano con un aire de profunda reflexión,—que el traje de esos jinetes que acabamos de ver, es más hermoso que el vuestro y el mío?

Gringoire meneó la cabeza:—Por mi vida que prefiero mi gabán amarillo y encarnado á esas escamas de hierro y de acero. Vaya un gusto el ir metiendo tanto ruído al andar como el muelle de la Ferraille en un temblor de tierra!

—Según eso, Gringoire, nunca habéis tenido envidia á esos brillantes soldados en sobrevesta de guerra?

—Envidia de qué, señor arcediano? de su fuerza, de su armadura, de su disciplina? más valen la filosofía y la independencia desarrapadas: más quiero ser cabeza de mosca, que cola de león.

—Cosa extraña,—dijo el sacerdote pensativo.—Un traje de guerra es, sin embargo, muy magnífico.

Gringoire, viéndole pensativo, le dejó para irse á admirar el pórtico de una casa inmediata, de donde volvió á los pocos momentos dando palmadas de alegría.—Si estuvierais menos ocupado en esas vestimentas marciales, señor arcediano, habíaos de suplicar que vinieseis á ver esta puerta. Siempre lo dije, la casa del señor Aubry tiene la entrada más soberbia del mundo.

—Pedro Gringoire,—dijo el arcediano,—qué habéis hecho de aquella bailarina gitana?

—La Esmeralda? Vaya que mudáis de conversación de un modo particular.

—No era esposa vuestra?

—Sí, por la gracia de un cántaro roto, estábamos casados por cuatro años. A propósito,—añadió Gringoire mirando al arcediano con aire casi irónico,—con que siempre pensáis en ella?

—Y vos, ya no pensáis en ella?

—Poco. Tengo tantas cosas en qué pensar!... Jesús, Jesús, y qué mona que es la cabrita!

—No os salvó la vida esa gitana?

—Cierto que sí.

—Pues bien! qué es de ella? qué habéis hecho de esa mujer?

—Eso es lo que yo no sé; se me figura que la han de haber ahorcado.

—Lo creéis?

—No estoy seguro. Cuando ví que se trataba de ahorcar á la gente, me aparté del juego.

—Y es eso todo lo que sabéis?

—No, no, ahora que me acuerdo; me han dicho que se ha refugiado en Nuestra Señora, que se halla en completa seguridad y de ello me alegro en el alma; y no he podido averiguar si también se ha salvado la cabra con ella, y esto es lo que sé.

—Pues voy á deciros algo más,—exclamó don Claudio, y su voz hasta entonces baja, lenta y casi sorda, resonó como un trueno.—Háse refugiado en efecto en Nuestra Señora, pero dentro de tres días se apoderará de ella la justicia, y será ahorcada en la Gréve. Así lo ha decretado el Parlamento.

—Diablura como ella!—dijo Gringoire.

El sacerdote en un abrir y cerrar de ojos recuperó toda su fría serenidad.

—Y quién diablos,—repuso el poeta,—se ha entretenido en solicitar un decreto de reintegración? No podía dejar en paz al parlamento? Qué les importa que una pobre muchacha se albergue bajo los botareles de Nuestra Señora, entre nidos de golondrinas?

—Hay demonios en el mundo,—respondió el arcediano.

—No está eso bien dispuesto,—observó Gringoire.

Después de un breve silencio, repuso el arcediano:

—Decís que os ha salvado la vida?

—Allá entre mis amigos los hampones: á poco más, á poco menos, muero ahorcado: Hoy lo sentirían.

—Y nada queréis hacer por ella?

—Yo bien quisiera, don Claudio; pero eso de ir á enredarme en un mal negocio!...

—Qué importa!

—Bah! qué importa! pues me gusta la especie! Tengo empezadas dos grandes obras.

El sacerdote se dió una palmada en la frente; á pesar de la calma que afectaba, un ademán violento revelaba de vez en cuando sus convulsiones interiores:—Cómo salvarla?

Gringoire le dijo:—Yo os responderé, señor maestro: *Il padelt,* lo que quiere decir en turco: *Dios es nuestra esperanza.*

—Cómo salvarla?—respondió Claudio meditabundo.

Dióse también Gringoire una palmada en la frente.

—Escuchad, señor maestro; yo soy hombre de alguna imaginación, y voy á echarme á buscar expedientes. Si se pidiera su perdón al rey Luis XI?

—A Luis XI! un perdón!

—Por qué no?

—Ve á cogerle al tigre su ración!

Púsose Gringoire á buscar nuevas soluciones.

—Pues bien! oid! Queréis que dirija á las matronas un memorial declarando que la joven está embarazada?

Estas palabras hicieron llamear los hundidos ojos del sacerdote.

—Embarazada?..... Tienes tú algún motivo para saberlo?

Aterrado Gringoire de verle en aquella agitación, apresuróse á responder:—Oh! lo que es yo no! nuestro matrimonio era un verdadero *foris maritagium*; nada he tenido que ver en él. Pero así se obtendría una moratoria.

—Locura! infamia! cállate!

—Mal hacéis en enojaros,—añadió Gringoire.—Se

obtiene un plazo, no se ofende á nadie, y se hace ganar cuarenta dineros parisíes á las matronas que son unas pobres mujeres.

El sacerdote no le escuchaba.—Pues es preciso que salga de allí! murmuró entre dientes. El decreto ha de ejecutarse en el preciso término de tres días! Además, aun cuando no hubiera tal decreto, ese Quasimodo! Oh! las mujeres tienen unos gustos tan depravados!—Luego añadió alzando la voz:—Maese Pedro, lo he pensado bien; no hay más que un medio de salvación para ella.

—Cuál? yo por mi parte no veo ninguno.

—Escuchad, Maese Pedro, y acordáos de que la debéis la vida. Voy á deciros francamente lo que pienso: hay quien espía la iglesia día y noche, y no dejan salir más que á los que han visto entrar. Vos podéis entrar, por consiguiente, y yo os introduciré en su estancia: mudaréis de vestidos con la gitana, ella tomará vuestra ropilla y vos su saya.

—Hasta ahora no va mal,—observó el filósofo.—Y luego?

—Ella saldrá con vuestros vestidos y vos os quedaréis con los suyos. Tal vez seréis ahorcado, pero ella se salvará.

Gringoire se rascó la oreja derecha con mucha seriedad.

—Vea V. una idea,—dijo,—que jamás se me hubiera ocurrido á mí solo.

A la inesperada proposición de don Claudio, obscurecióse de súbito el semblante franco y benigno del poeta, como un risueño campo de Italia cuando sobreviene de pronto una bocanada de viento que esparrama una nube sobre el sol.

—Con que Gringoire, qué decís de mi expediente?

—Digo, señor maestro, que no me ahorcarán tal vez, sino que me ahorcarán indubitablemente.

—Y qué?

—Vaya!—dijo Gringoire.

—Os ha salvado la vida; no hacéis más que pagarla una deuda.

—Otras muchas hay que no pago!

—Maese Pedro, es preciso absolutamente que lo hagáis.

El arcediano hablaba con imperio.

—Escuchad, don Claudio,—respondió el poeta todo consternado:—Os habéis encaprichado con esa idea y hacéis mal. No veo por qué razón he de dejarme ahorcar en lugar de otro.

—Pues qué tenéis que os haga amar tanto la vida?

—Qué? mil razones.

—Y cuáles si os parece?

—Cuáles? el aire, el cielo, la mañana, la tarde, la luz de la luna, mis amigos los hampones, las hermosas arquitecturas de París que estudiar, tres librotes que componer, uno de los cuales contra el obispo y sus molinos, y qué se yo cuántas otras cosas más? Anaxágoras decía que estaba en el mundo para admirar el sol. Y además tengo la satisfacción de pasar todo el día desde por la mañana hasta por la noche con un hombre de genio que soy yo, lo que es sumamente agradable.

—Cabeza para hacer con ella un cascabel!—murmuró el arcediano.—Pues dí! esa vida que tan dulce te parece quién te la ha conservado? A quién debes el respirar ese aire, el ver ese cielo y el poder aun divertir tu entendimiento de alondra, de musaraña en musaraña? Sin ella dónde estarías á estas horas? Quieres tú que muera ella, ella por quien vives tú, que muera esa criatura, hermosa, dulce, adorable, necesaria á la luz del mundo más divina que Dios, mientras que tú, medio cuerdo, medio loco, vano bosquejo de cualquiera cosa, especie de vegetal que crees

andar y pensar, continuarás viviendo con la vida que la has robado, con esa vida tan inútil como una antorcha al mediodía? Ea! un poco de caridad, Gringoire; sé tú también generoso; ella te ha dado el ejemplo.

Hablaba el sacerdote con vehemencia; al principio escuchábale Gringoire con aire indeterminado, luego se fué enterneciendo, y acabó por hacer un gesto trágico que hizo parecerse su macilento rostro al de un recién nacido que tiene cólico.

—Patético está,—dijo enjugándose una lágrima.—Pues señor, lo pensaré! Vaya que es una idea muy particular esa que se os ha ocurrido. Ello al fin,—prosiguió después de un breve silencio,—quién sabe? puede que no me ahorquen; no todos los novios se casan. Cuando me encuentren en aquel zaquizamí tan grotescamente equipado en traje de mujer, acaso, acaso se echarán á reir sin poderlo remediar. Y luego si me ahorcan, y qué? la horca es una muerte como otra cualquiera, ó por mejor decir, no es una muerte como otra cualquiera: es una muerte digna del que ha oscilado toda su vida; es una muerte á que acaso estaba predestinado; es magnífico morir como se ha vivido.

El sacerdote le interrumpió:—Estamos convenidos?

—Qué viene á ser la muerte al fin y al cabo?—prosiguió Gringoire con exaltación.—Un momento desagradable, un portazgo, el tránsito de este mundo al otro. Habiendo preguntado un hombre á Cercidas, megalopolitano, si moriría de buena gana:—Por qué no? respondió; después de mi muerte veré á aquellos grandes hombres, Pitágoras entre los filósofos, Hécateo entre los historiadores, Homero entre los poetas, Olimpio entre los músicos!

El arcediano le presentó la mano:—Con que ya está dicho? vendréis mañana?

Aquel movimiento volvió á colocar á Gringoire en el terreno de lo positivo.

—Ca! nada de eso!—dijo en tono de hombre que se despierta,—ser ahorcado! vaya un absurdo! no me acomoda.

—Pues entonces, adiós!—Y el arcediano añadió entre dientes:—Ya nos volveremos á ver!

—No quiero que este diablo de hombre me vuelva á ver,—dijo Gringoire para su capote, y echó á correr detrás de don Claudio.

—Escuchad, señor arcediano, no haya rencillas entre antiguos amigos! Vos os interesáis por esa joven, por mi mujer, quise decir, y nada es más justo: habéis imaginado una estratagema para hacerla salir buena y sana de Nuestra Señora; pero esa estratagema es sumamente desagradable para mí, Gringoire. Y si á mí me hubiese ocurrido otra! Adviértoos que acaba de ocurrírseme en este mismo instante una inspiración muy luminosa.

Si tuviese yo una idea feliz para sacarla de ese mal trance sin comprometer mi cogote con el menor nudo corredizo, qué diría el señor arcediano? no le bastaría esto por ventura? O es absolutamente necesario que yo sea ahorcado para que quede contento su merced?

Arrancaba impaciente el sacerdote los botones de su sotana.—Arroyo de palabras! Cuál es ese medio!

—Sí,—repuso Gringoire hablando consigo mismo, y tocándose con el índice la punta de la nariz en señal de meditación,—eso es! Los hampones son gente muy de bien y valerosa! La tribu de Egipto la ama! A la primera palabra se levantarán en masa! Nada es más fácil. Un golpe de mano. A favor del desorden, fácil será sacarla! Mañana mismo por la noche.....Ellos no desean otra cosa.

—El medio! veamos!—dijo el sacerdote sacudiéndole el brazo.

Volvióse hacia él Gringoire majestuosamente:—Dejadme digo! no véis que estoy componiendo?—Re-

flexionó algunos instantes, y luego empezó á dar palmadas, exclamando:—Admirable! se logra seguramente!

—El medio!—repuso Claudio encolerizado. Gringoire estaba radiante.

—Venid, venid, y os lo diré al oído: es una contramina verdaderamente ingeniosa, y que á todos nos saca adelante. Vive Dios! fuerza es confesar que no soy un majadero.

Entonces se interrumpió:—Entre paréntesis. Está la cabrita con la gitana?

—Sí! y que el diablo te lleve.

—Toma! es que puede que la hubieran ahorcado también, no es así?

—Qué se me importa eso á mí?

—Sí, señor, la hubieran ahorcado como ahorcaron á una gorrina el mes pasado. Eso le gusta al verdugo; luego se come el animal. Ahorcar á mi hermosa Djali! Pobre corderito mío!

—Maldición!—exclamó don Claudio;—el verdugo eres tú. Qué medio de salvación es ese que has hallado, tunante? Habrá qué sacarte la idea con tenazas.

—Nada de eso; vedla aquí.

Acercóse Gringoire al oído del arcediano y habló le en voz muy baja; echando una mirada inquieta de un extremo á otro de la calle, por la cual sin embargo no pasaba un alma. Luego que hubo acabado, cogióle don Claudio la mano y dijo con frialdad:—Bien está; hasta mañana.

—Hasta mañana, —repitió Gringoire. Y mientras el arcediano se alejaba por un lado, fuése él por otro diciendo á media voz:—Negocio es este muy serio, señor Pedro Gringoire. Pero no importa; no ha de decirse que porque uno es pequeño, se asusta de una grande empresa. Bitón llevó un toro enorme sobre los

hombros; las nevatillas, las currucas y las collalbas atraviesan el Océano.

II

Haceos hampón

De vuelta en el claustro halló el arcediano en la puerta de su celda á su hermano Juan del Molino que le aguardaba, y entretenía el fastidio de un largo plantón, dibujando con un carbón sobre la pared el perfil de su hermano mayor, enriquecido con una nariz desmesurada.

Apenas miró don Claudio á su hermano; tenía otras cosas que le ocupaban más. Aquel rostro jovial de calavera, cuyo reflejo había tantas veces serenado la frente sombría del sacerdote, no podía ya disipar la bruma que se amontonaba más y más cada día, sobre aquella alma corrompida, mefítica y estancada.

—Hermano, — dijo tímidamente Juan, — vengo á veros.

Ni siquiera alzó sobre él los ojos el arcediano.—Y qué?

—Hermano,—repuso el hipócrita,—sois tan bueno para mí y me dais tan buenos consejos, que siempre recurro á vos en mis tribulaciones.

—Qué más?

—Ah! hermano mío y cuánta razón teníais cuando me decíais: «Juan! Juan! *cessat doctorum doctrina, discipulorum disciplina.* Juan, sed cuerdo; Juan, sed docto; Juan, no pernoctéis fuera del colegio sin ocasión legítima y licencia del maestro. No peguéis á los Picardos; *noli, Joanes verberare Picardos*; no viváis como un asno iletrado, *quasi asinus iliteratus,* bajo el yugo de la escuela; Juan, dejaos castigar á discreción

del maestro; Juan, id todas las tardes á la capilla y cantad una antífona con versículo y oración á la gloriosa Señora Virgen María. Ah! esos sí que eran excelentes consejos!

—Y luego?

—Hermano; viendo estáis un culpable, un criminal, un miserable, un libertino, un hombre atroz! Querido hermano, Juan ha hecho de vuestros admirables consejos, paja y heno, y los ha hollado; pero bien castigado he sido, y el Dios del cielo es extremadamente justo. Mientras he tenido dinero, no ha faltado broma, y vida alegre y locura... Oh! y cuán fea y horrible, vista por detrás, es la crápula, que tan hermosa parece por delante! Ya no me queda una blanca; he vendido mi mantel, mi camisa y mi toalla; acabóse la vida alegre! apagóse la hermosa vela, y ya no tengo más que la asquerosa mecha de sebo que me llena de tufo las narices. Las muchachas se burlan de mí; bebo agua, me veo atestado de remordimientos y de acreedores.

—Qué más?—dijo el arcediano.

—Ah! querido hermano, yo quisiera arreglarme, adoptar una vida mejor. Vengo á vos lleno de arrepentimiento, soy penitente, me confieso, me doy inmensos golpes de pecho; mucha razón tenéis en querer que llegue á ser un día licenciado é inspector del colegio de Torchi. Es el caso que ahora me siento una vocación magnífica hacia ese estado; pero ya no tengo tinta, y me es preciso comprarla, no tengo plumas, y he de comprarlas; no tengo papel, no tengo libros, y necesito comprar uno y otro. He menester para eso un poco de metálico, y vengo á vos, hermano mío, llena el alma de contrición.

—Y eso es todo?

—Sí,—dijo el estudiante.—Un poco de dinero.

—No le tengo.

Entonces el estudiante dijo con aire grave y decidido:—Pues bien, hermano mío, siento tener que deciros que me hacen por otra parte brillantes ofertas y proposiciones. No queréis darme dinero?

—No.

—En ese caso, voy á hacerme hampón.

Y para pronunciar esta palabra monstruosa, tomó un continente digno de Ayax, esperándose á ver caer el rayo sobre su cabeza.

El arcediano le dijo con frialdad:—Haceos hampón.

Juan le saludó profundamente y bajó silbando la escalera del claustro.

Al atravesar el patio del claustro por debajo de la celda de su hermano, oyó abrirse aquella ventana; alzó la cara y vió pasar por la abertura la severa cabeza del arcediano.—Vete con mil demonios!—decía don Claudio;—este es el último dinero mío que verán tus ojos!

Y al mismo tiempo, tiróle el sacerdote una bolsa que hizo al estudiante un gran chichón en la frente, y con que se fué enojado y contento á la vez como un perro á quien lapidaran con huesos de médula.

III

Viva la alegría

Tal vez no ha olvidado el lector que una parte de la Corte de los Milagros estaba ceñida por una antigua muralla de París, de la cual empezaban ya muchas torres á arruinarse desde aquella época. Habían los hampones convertido una de aquellas torres en asilo de placer; taberna en el entresuelo, y lo demás en los pisos superiores. Era aquella torre el punto más animado y por consiguiente el más inmundo de